

Aprender a pedir perdón

Jordi Nadal



Una vida completa exige lo más difícil. Para algunos, será saber pedir perdón. Hace falta acumulación de heridas que –sin importar si han cicatrizado bien o peor– nos hayan permitido ver la amarga fortuna de saber ver dónde hemos fallado. Cuando eso sucede, es momento de –aunque haya pasado el tiempo– tragar saliva y atrevernos a pedir perdón, después de haber hecho daño, de haber perjudicado. Como si fuese fácil evitarlo y como si no fuese vergonzoso hacer daño. Incluso asumiendo que vivir no sea un acto inocente. *Inocente* proviene del latín *noceo*, “hacer daño, perjudicar”. De este deriva *nocens*, -*entis*, y su contrario, *innocens*, -*entis*, es decir, “el que no hace daño, el que no perjudica”. Cuando un bebé nace, no es inocente, puesto que, por ejemplo, si es el segundo, le arrebató al primogénito el placer de ser único y mimado. Todo tiene consecuencias.

Pienso en personas a las que he amado profundamente y a las que he hecho daño. Con mayor o menor

Mi tardanza me hace daño, aunque asumirla me hace humano

consciencia, así ha sido. Por más que pase el tiempo, siento tristeza por no haber sabido hacerlo mejor. Tanto buscar la excelencia en casi todo, y veo –retrospectivamente– todas las veces en las que he quedado corto. En las que he sido una sombra de aquello que hubiese querido alcanzar. Una idea malograda de quien habría debido ser. Cuando noto que he fallado, que les he fallado, siento un claro sentimiento de vergüenza, que se expande y me hace sentir más tristeza aún. Cuando uno falla, no lo hace casi nunca solo a una persona.

Me duele quedarme corto y siento la contundencia de la frase de Emmanuel Lévinas: “Uno es responsable de todo y de todos, y yo más que los otros”. Girado a la inversa: cuando fracaso, el fracaso propio es mayor, y me siento pequeño y avergonzado. Intento pensar en quienes menos merecían que les decepcionase y me abruma llegar tan tarde a pedir perdón. A veces, incluso décadas después. Es un momento donde mentalmente me dispongo a hacer algo, y me detengo, porque sé que llegará tarde. Mi tardanza me hace daño, aunque asumirla me hace humano. Me entran unas enormes ganas de pedir perdón a aquellos a los que más he amado. Camus dijo: “Siempre nos equivocamos dos veces con los seres queridos, primero a su favor y luego en su contra”. Llego tarde. Pero pediré perdón.●